

COMO SI NO
HUBIERA UN
MAÑANA

Nieves Herrero

*La pasión de
Ava Gardner
y Luis Miguel
Dominguín*



Índice

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Qué fue de...](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

A Jesús Hermida.

«Libre te quiero...
Pero no mía
ni de Dios ni de nadie
ni tuya siquiera».
AGUSTÍN GARCÍA CALVO

1

El cielo estaba gris, encapotado, y la mañana de aquella incipiente primavera de 1953 amenazaba lluvia. El calendario, aunque acababa de cambiar de estación, no había estrenado todavía los primeros rayos de sol. Parecía que el invierno no quería irse en aquellos primeros meses del año en los que todo invitaba a pensar que lo peor de la posguerra había pasado ya.

En el aeropuerto de Barajas poco a poco crecía la expectación. Una treintena de hombres con traje y corbata y una decena de mujeres con abrigo, guantes y sombrero se apiñaban en la pista del aeropuerto de Madrid para recibir a una de las actrices más admiradas de Hollywood. Pisaría suelo español en tan solo media hora. Su vuelo venía procedente de Londres, donde había estado probándose el vestuario para su nueva película. Hollywood había encontrado un auténtico filón rodando en Europa ya que los costes de producción eran mucho más bajos y se pagaban menos impuestos.

Con quince minutos de retraso, aterrizó el avión de la TWA en la pista principal, recién ampliada. No tardaron mucho los operarios en acercar la escalera móvil para que descendiera el pasaje. La puerta de aquel Lockheed Constellation americano se abrió y el día, anodino y gris, se iluminó.

Sonaban los *flashes* de los fotógrafos mientras Ava Gardner, con la melena negra más corta y vestida con un traje sastre —chaqueta muy entallada, con cinturón y una falda tubo por debajo de la rodilla—, bajaba la escalerilla del avión con majestuosidad. Iba protegida con unas gafas de sol que no tardó en quitarse después de detenerse y prolongar ese momento ante las cámaras. Quedaron visibles sus felinos ojos verdes. Los fotógrafos no dejaban de disparar con sus aparatosos *flashes* que iluminaban su ros-

tro. Se había descubierto los ojos con la misma sensualidad que exhibía en sus películas. Su boca entreabierta, pintada de rojo, mostraba su sonrisa más fotogénica mientras saludaba con un leve gesto de su mano derecha —recién desfundada de unos guantes oscuros— a todos los que habían acudido al aeropuerto. Portaba una estola de visón en su brazo izquierdo así como una cartera de mano. Los periodistas y diplomáticos comprobaron lo bella que era al natural.

En la cartelera de esos días de finales de marzo se podía ver a la actriz en el papel de Cinthya Green, el personaje que seducía al aprendiz de novelista Harry Street, interpretado por Gregory Peck, en *Las nieves del Kilimanjaro*. Ella moría tras un accidente mientras trataba de esquivar las balas de los dos bandos que dividían a los españoles, en plena Guerra Civil. Tenía razón el autor del libro en el que se basaba el film, Ernest Hemingway: «Los mejores son Ava y la hiena que aparece al final de la película de Henry King». Aquella mujer tenía algo que eclipsaba todas las miradas allá donde fuera. Muchas veces su sola presencia hacía que la película fuera un éxito de taquilla al margen del guion. Su fuerza traspasaba la pantalla.

No era la primera vez que visitaba España. Ya lo había hecho tres años antes. Pero sí era la primera vez que lo hacía para huir de sí misma. Mirándola nadie se podía imaginar el terremoto interior que estaba viviendo. Faltaban varias semanas para que comenzara en Londres el rodaje de *Los caballeros del rey Arturo*, a las órdenes de Richard Thorpe. Quería aprovechar los días que tenía libres para ver a su amiga Doreen Grant, que residía en Madrid, y a su marido, Frank, que sabía muy bien lo que eran las estrellas ya que trabajaba como productor cinematográfico. Ava trataba de olvidar su tercer fracaso matrimonial. Había sumado otro error a su vida al casarse con el cantante y actor Frank Sinatra.

Tenía la sensación de estar sola rodeada de gente permanentemente. Le costaba conciliar el sueño y sus noches se prolongaban hasta el amanecer. No quería pensar. Tan solo deseaba vivir. Le ahogaba la sensación de no ser capaz de construir un hogar. Estaba convencida de que siempre se enamoraba del hombre equivocado. Su amigo, el magnate Howard Hughes, le solía decir que «fama y amor eran incompatibles».

Hasta ahora habían formado parte de su vida hombres que solo se habían enamorado de su belleza pero no de la verdadera Ava Lavinia Gardner. «Soy una chica de campo americana con sangre escocesa por parte de madre y sangre irlandesa por parte de padre», así solía presentarse en la intimidad.

Sus tres maridos, Mickey Rooney, Artie Shaw y Frank Sinatra —todos relacionados con el mundo del espectáculo—, habían querido cambiarla, educarla, adaptarla a sus gustos y tapar su verdadera personalidad. Entre ellos y los directivos de la productora de cine Metro Goldwyn Mayer —pensaba Ava a menudo— habían acabado con lo auténtico y verdadero que quedaba de ella.

No se reconocía a sí misma sin su marcado acento de chica rural de Grabtown, una pequeña localidad del condado de Johnston, en el estado de Carolina del Norte. Habían conseguido refinarla a pesar de llevar en su interior a la mujer de toscos modales, a la que le gustaba sentarse en las escaleras, masticar chicle, jugar con su perro, atiborrarse de comida, salir con los chicos a buscar emociones y soltar sin motivo su amplio repertorio de palabras malsonantes, que en su pueblo interpretaban como una actitud masculina muy marcada. Ahora iba con zapatos de tacón y se contoneaba tal y como le habían enseñado los profesores y publicistas de la productora que habían conseguido borrar sus orígenes. En este momento ya no sabía ni quién era.

Siempre que se veía como hoy, delante de las cámaras, le venía a la mente la idea de quitarse los zapatos y salir de

allí huyendo descalza como cuando corría por los campos de tabaco que cultivaba su padre. Adoraba esa sensación de libertad que le proporcionaba el contacto de sus pies con la hierba; el sol recorriendo su piel y el olor a tierra mojada. Pero no, lo correcto era seguir allí, mostrando su sonrisa a la prensa, haciendo creer a los que la veían que estaban ante una de las grandes del cine. Odiaba ese mundo al que pertenecía. Interpretaba su propio papel de estrella de Hollywood cuando, en realidad, se sentía la pobre más pobre de las chicas más pueblerinas de Estados Unidos. Así se lo había hecho creer su segundo marido —Artie Shaw—, y ella se lo había grabado a fuego en su mente.

El músico quiso hacer de ella una intelectual, pero tan solo consiguió que aborreciera la lectura. Un día tiró la toalla y la dejó por imposible. Siempre, con cualquier excusa, salía a relucir su origen humilde. Se rebelaba cuando se reían de ella. Ahora no se callaba y se defendía con su amplio repertorio de tacos. Sin embargo, cuando era una adolescente no sabía responder y tenía que soportar a las muchachas de Newport News, Virginia, que se reían de ella y de sus modales cuando la familia tuvo que abandonar Carolina del Norte. Siempre lo mismo: le echaban en cara su origen humilde y sus modales.

Ella no había soñado con ser una estrella de cine. Fue el cine quien se encargó de descubrirla por casualidad. Como todo en su vida, ocurrió por azar. Se sentía permanentemente sola, como un gato enjaulado. Tenía dinero, comodidades, caprichos, todo cuanto quería, pero añoraba ser ella y no quien deseaba su entorno que fuera.

Llegaba a España con treinta años recién cumplidos, agotada física y psicológicamente después de un largo periplo por África donde había rodado a las órdenes de John Ford. Necesitaba hacer un paréntesis en su vida tras el extenuante rodaje en Kenia, Uganda y Tanganica. Esta experiencia africana había dejado muchas cicatrices en su vida.

Muchas. Hoy sabía que el matrimonio con Sinatra estaba acabado.

Los fotógrafos disparaban sus cámaras sin apartar su vista del visor. Era difícil no seguir haciéndolo ante una mujer tan bella. Ava, con una enorme simpatía, les sonreía y dirigía su mirada allí donde oía su nombre. Un periodista le habló en un inglés poco inteligible y le preguntó qué iba a hacer en España.

—Descansar, estar con los amigos, escuchar mucho flamenco y no pensar en nada.

—¿Vendrá su marido a España para estar con usted?

—No, sus compromisos se lo impiden. —Le habría gustado decirles que su matrimonio no existía, ¡era una jodida mierda! Pero volvió a actuar fuera de la pantalla.

—¿Cuánto tiempo estará con nosotros?

—Tres semanas.

—¿Cómo ha vivido su experiencia africana?

—Ha sido muy excitante. Jamás olvidaré los días que he vivido allí con todo el equipo.

—¿Cómo se va a llamar la película?

—*Mogambo*.

—¿Tiene algún significado esa palabra?

—En la lengua suajili significa «pasión» —explicó, sin dejar de sonreír. Los fotógrafos seguían disparando.

—¿No se ha enamorado de Clark Gable? —preguntó un periodista pícaramente.

—Por supuesto que sí. Es imposible no enamorarse de él. Tengo que decir que la primera vez que vi *Tierra de pasión*, interpretada también por Clark, fui con mi madre al cine y las dos caímos en sus garras. Entonces los escenarios eran una plantación de caucho del sudeste asiático y ahora han sido los exóticos paisajes africanos. Para mí ha supuesto una experiencia inolvidable estar al lado de Clark en esta nueva versión de aquella maravillosa película.

—¿Va a permanecer todo el tiempo en Madrid?

—Casi todo el tiempo, aunque quisiera visitar la Feria de Sevilla. Al menos, eso es lo que me gustaría...

La rueda de prensa improvisada se dio por terminada y una joven de la embajada americana se aproximó y le obsequió con un pequeño ramo de flores a modo de bienvenida. Su amiga Doreen se acercó a besarla cuando la sesión fotográfica se dio por concluida.

—¡Ava, qué bien te veo! —exclamó su amiga mientras la abrazaba y le hacía una confidencia al oído—: Vas a olvidarte de todo. Te lo aseguro. No te vamos a dejar ni un minuto libre.

—¡Extraordinario! —Se puso de nuevo sus gafas de sol, y después de saludar a todos los americanos que habían acudido a recibirla, se subió al coche de su amiga y se quitó los zapatos.

—No te preocupes por tu equipaje, te lo llevará el personal de la embajada a casa en cuanto lo descarguen del avión. Ahora vamos a dar una vuelta por Madrid. ¿Te parece bien?

—¿Quién está por aquí ahora? —preguntó con curiosidad.

—Lana está en España —dijo, refiriéndose a Lana Turner.

—¡No! ¿Cuándo la veremos? —preguntó sorprendida.

—Cenarás con ella esta noche en casa de un matrimonio encantador que ofrece una fiesta en tu honor: Ricardo y Betty Sicre. Allí te vas a encontrar con algunas de las personas más interesantes que hay por aquí.

—¡Estupendo! —Se relajó sobre el asiento del coche.

Doreen no se atrevía a preguntarle por Frank. Todo el mundo sabía que las cosas no iban bien entre ellos. Sus peleas eran sonadas y la prensa no cesaba de acosarles. En estas semanas quería que olvidara sus problemas, pero fue la propia Ava la que sacó el tema a relucir mientras iban en el coche hacia el centro de la capital.

—Estoy cansada de pelearme con Frankie. Ya no puedo más. Hemos llegado al final. Te aseguro que la convivencia con él resulta imposible. ¡La cama es el único sitio donde no peleamos! Los malos modos empiezan cuando nos dirigimos hacia el bidé. Ya sabes, las viejas locuras de siempre: los celos, el rencor, las pullas... todo por nada.

El chófer de vez en cuando miraba por el retrovisor a aquellas mujeres que hablaban entre ellas en inglés. Observó que los ojos de Ava se iban llenando de lágrimas.

—Sigues enamorada de él... te lo nota cualquiera —apostilló Doreen.

—No. No te equivoques. Demasiados ceniceros volando, demasiados insultos han ido minando ese amor que sentía por él. Precisamente junto a Lana tuvimos alguna de nuestras peleas más sonadas.

—¿Con Lana? —preguntó Doreen con curiosidad.

—Sí, nuestro «nido de amor» de Pacific Palisades se convirtió en un auténtico polvorín. Mira, una noche salí a cenar con Lana y otra amiga actriz a Frascati's, uno de mis restaurantes favoritos de Beverly Hills. Pues bien, en mitad de la cena se presentó Frankie hecho una furia. Tenía más alcohol que sangre en sus venas y de repente nos empezó a llamar «lesbianas». «¡Sois un atajo de jodidas lesbianas!», nos gritó.

—¿Y qué hicisteis?

—Pues, ¿qué íbamos a hacer? Como si no fuera con nosotras. ¡Le ignoramos! No tuvo más remedio que darse la vuelta e irse de allí hecho una furia —las dos amigas se echaron a reír. Ava continuó—: ¡No tiene solución! Sé que está loco por mí, pero pasa de la lujuria a la ira y no soporto sus infidelidades. Ya se encarga Howard de enviarme toda la información al respecto.

—Lo de Howard Hughes contigo es enfermizo. Ya he visto que has venido en uno de sus aviones.

—Por casualidad... Pero tienes razón, parece enfermizo. Sin embargo, pilló a mi marido con otras, y gracias a él,

bueno, a sus espías, me entero. No puedo soportar que esté siempre en los brazos de cualquiera. Recibo cartas y sobres con fotos que lo evidencian.

—Lo mismo son montajes de tu amigo Hughes.

—No, es la realidad pura y dura. Frankie no soporta que yo sea feliz. Cuando me ve bien, se inventa algo para que sufra. En otra ocasión, quiso precisamente enemistarme con Lana. Pero solo consiguió que nos uniéramos más.

—Los hombres a veces se comportan como adolescentes...

—Fue una noche que habíamos discutido después de ir a cenar. Decidí darme un baño y ¿sabes qué me dijo Frankie? «Muy bien, nena, me largo. Si quieres localizarme estaré en Palm Springs. ¡Follándome a Lana Turner!».

—¿Qué dices? —Doreen no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Y tú qué hiciste?

—Pues desperté a mi hermana Bappie y nos fuimos a la casa que le había ofrecido a Lana para que pasara allí unos días. Cuando llegamos, se encontraba con su asesor financiero, Ben Cole. Se estaban dando un baño en la piscina. Al final, ¿sabes qué hice? —su amiga negó con la cabeza—. Pues darme un chapuzón con ellos.

—¿Ahí quedó la cosa?

—¡Qué va! Estábamos preparando algo de comer cuando apareció Frankie por la puerta de atrás hecho una furia. Nos dijo: «¡Malditas, estoy seguro de que me habéis puesto de vuelta y media!». Después se dirigió a mí y me soltó: «Tú, ¡ven a la habitación! Quiero hablar contigo». Te imaginas que los dos solos no nos calmamos, ¿verdad? Todo lo contrario. Empezamos a insultarnos y a lanzarnos objetos que se estrellaban contra las paredes. En un momento determinado, Frankie decidió abrir la puerta y echar a los invitados, Lana, Ben y a mi propia hermana. Yo me di por aludida y le contesté: «¡Muy bien, yo también me voy, pero me llevo todo lo que me pertenece!». Comencé a romper aquello que encontraba a mi paso. Formamos tal escándalo

que los vecinos llamaron a la policía y acabé yéndome con los agentes junto a mi hermana, dejando al señor Sinatra que reinara en sus dominios.

—Bueno, ahora olvídate de Frank...

—Eso es lo que quiero, pero no puedo —se enjugó las lágrimas con los dedos.

—Pues te aseguro que aquí sí vas a poder —se acercó a ella y le dio un beso.

Doreen se esforzó en cumplir su promesa y esa mañana la paseó por Madrid. Hicieron un alto en el Museo del Prado. Fue un recorrido rápido por las distintas salas. Al llegar a las pinturas negras de Goya, la actriz hizo un comentario que dejaba en evidencia su estado de ánimo: «Son tan negras como mi vida».

—Vamos a acabar con lo oscuro de tu existencia. Nos vamos a tomar un martini muy seco en el local que tanto te gustó la otra vez que estuviste en España.

—Eso suena bien —dijo Ava, sonriendo a su amiga mientras la agarraba del brazo.

A los pocos minutos llegaron a Chicote, en plena Gran Vía madrileña. Los cristales del establecimiento eran grises, opacos. No se podía curiosear desde afuera. Había que entrar y consumir para poder estar allí codeándose con lo mejor de aquella sociedad que despertaba lentamente. Nadie quería oír hablar de la Guerra Civil y menos en público. Parecía que la gente hubiera hecho un pacto de silencio para poder sobrevivir. Ahora todo lo que llegaba del extranjero era bien recibido. La sociedad española abría los brazos a los americanos, ya que de su mano llegaba el impulso económico necesario. Se sabía que los acuerdos económicos y de defensa estaban a punto de sellarse y el desbloqueo internacional se intuía inminente.

La guerra fría que dividía el mundo había provocado que Estados Unidos buscara pactos con todos los países anticomunistas. España era uno de ellos, aunque Franco estuviera marcado por una dictadura claramente relacionada

con Alemania e Italia. No obstante, con la posición estratégica del país se habían ido incrementando los contactos diplomáticos y se trataba de borrar el pasado. La elección del republicano Eisenhower como presidente de Estados Unidos a finales de 1952 parecía el impulso definitivo que necesitaba España.